Temilotzin de Tlatelolco

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

Capitán famoso fue Temilotzin. Contemporáneo de Cuauhtémoc, y sobre todo amigo y compañero suyo, habría de desempeñar a su lado brillante papel en los días de la conquista. Oriundo de Tlatelolco y más tarde señor de Tzilacatlan, como lo refieren los informantes de Sahagún, Temilotzin se adiestró desde los primeros años de su juventud en el arte de la guerra, sin que esto amenguara la que parece haber sido espontánea afición suya por la poesía.

Probablemente su deseo de llegar a ser forjador de cantos nació en sus años de estudiante en el *Calmécac* de Tlatelolco, cuando pudo adentrarse en el conocimiento de las antiguas tradiciones, de los himnos sagrados y del simbolismo del pensamiento preservado en los libros de pinturas. El hecho es que hoy podemos afirmar que Temilotzin fue guerrero extraordinario, que alcanzó el alto grado de *tlacatécatl,* "comandante de hombres" y llegó a ser al mismo tiempo poeta, cantor de la amistad. Si como poeta afirma que su más hondo deseo es "hacer amistad con los humanos en la tierra", como guerrero tiene que hacer frente a la más imprevista de las agresiones, la que provino de forasteros misteriosos llegados de más allá de las aguas inmensas.

El recuerdo de Temilotzin se conserva en las crónicas indígenas y también en las palabras que en más de una ocasión pronunciaron acerca de él otros poetas amigos suyos. Así, evocando su actuación, cuando defendió a la metrópoli azteca, exclama uno de los poetas sobrevivientes de la conquista:

¡Esfuérzate,
entrégate a la guerra,
tlacatécatl Temilotzin,
han salido de sus barcas los hombres de Castilla! [1]

Hasta donde sabemos por los testimonios históricos, la actuación de Temilotzin se dejó sentir principalmente durante los días del sitio de Tenochtitlan. Por su rango de "comandante de hombres", ejerció entonces, en las más difíciles circunstancias, las funciones correspondientes a esta elevada dignidad. Atribuciones suyas fueron, según el texto en el que se describe la figura del *tlacatécatl,* actuar como:

Jefe de águilas . . .
cuyo oficio es la guerra que hace cautivos.
Gran águila y gran tigre,
águila de amarillas garras
y poderosas alas,
rapaz,
operario de la muerte . . .
Instruido, hábil,
de ojos vigilantes, dispone las cosas,
hace planes, ejecuta la guerra.
Distribuye las armas,
dispone y ordena las provisiones,
señala el camino,
inquiere acerca de él,
sigue su paso al enemigo.
Dispone las chozas de guerra,
sus casas de madera, el mercado de guerra.
Busca a los que guardan los cautivos,
escoge a los mejores.
Ordena a los que aprisionan a los hombres,
disciplinado, consciente de sí mismo,
da órdenes a su gente,
le muestra por dónde saldrá el enemigo . . ." [2]

Por los mismos informantes que conservaron esta imagen ideal del tlacatécatl, conocemos la forma como hizo honor a su rango Temilotzin, luchando contra los hombres de Castilla. Cuando en los días del sitio, con sus bergantines y con frecuentes desembarcos los conquistadores hacen repetidos intentos de adueñarse de la capital azteca, Temilotzin, al lado de Cuauhtémoc y de otros capitanes, intenta lo imposible por salvarla.

Al restringirse ya la defensa al antiguo islote de Tlatelolco vemos a Temilotzin que, en compañía de otros guerreros, sale al encuentro de los conquistadores para cortarles el paso. Escuchemos las palabras del testimonio indígena:

"Entonces se pusieron en pie dos caballeros águilas y dos caballeros tigres . . . el primer tigre era Temilotzin y el segundo el mismo Coyohuehuetzin. En el momento para atacar a los hombres de Castilla se ponen en marcha. (Con otros muchos entran en sus barcas.) A todo remo remaban, casi volaba su barca . . . Cuando todos hubieron partido, entonces se tañen las flautas. Muchos pobres han sido robados. Los guerreros mexicas salen al frente a los saqueadores. Cuando vieron esto, nuestros enemigos intentaron huir. Muchos murieron en el agua, se anegaron, se ahogaron . . . En verdad muchos murieron allí . . . Una vez más lo digo: allí murieron muchos de nuestros enemigos . . . Al día siguiente todo estaba en calma . . ." [3]

La imagen final de la conquista recuerda una vez más como un símbolo la resistencia del "comandante de hombres":

"El tlacatécatl Temilotzin aún en vano se puso en guardia contra el enemigo. Se resguardó en una muralla, estaba ataviado como águila y llevaba una macana en la mano con la cual intentaba cerrarles el paso. Pero al ver que ya no era posible, luego se echó en el agua, por ella se fue . . ." [4]

Como prenuncio de la rendición de Tenochtitlan precedieron momentos de calma oprobiosa. Los informantes testigos lo recuerdan: "De golpe acabó la batalla. Todo quedó en calma . . . Nadie hablaba siquiera. Los nuestros estaban replegados. Nada hacían los hombres de Castilla. Sólo estaban en sus posiciones. Nos observaban constantemente . . ." [5]

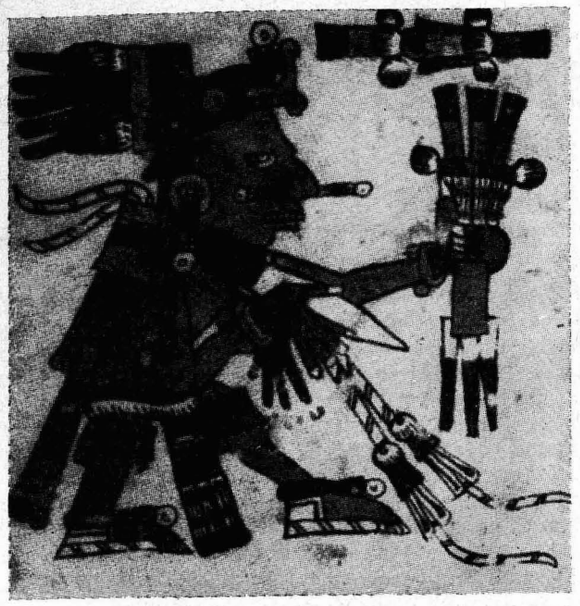
Entonces Cuahtémoc y Temilotzin con otros capitanes, viendo que todo estaba perdido tras ochenta días de sitio, se pusieron a deliberar "en qué forma habríamos de someternos a los hombres de Castilla, cómo se haría y qué tendríamos que dar como tributo . . ." [6]

Ni por un momento se pensó en huir. Acordes están en esto los testimonios netamente indígenas en los que se conserva la "visión de los vencidos". Temilotzin, junto con los otros jefes, estuvo al lado de Cuauhtémoc y compartió su decisión. Dos textos, hondamente dramáticos, preservan el recuerdo del postrer momento:

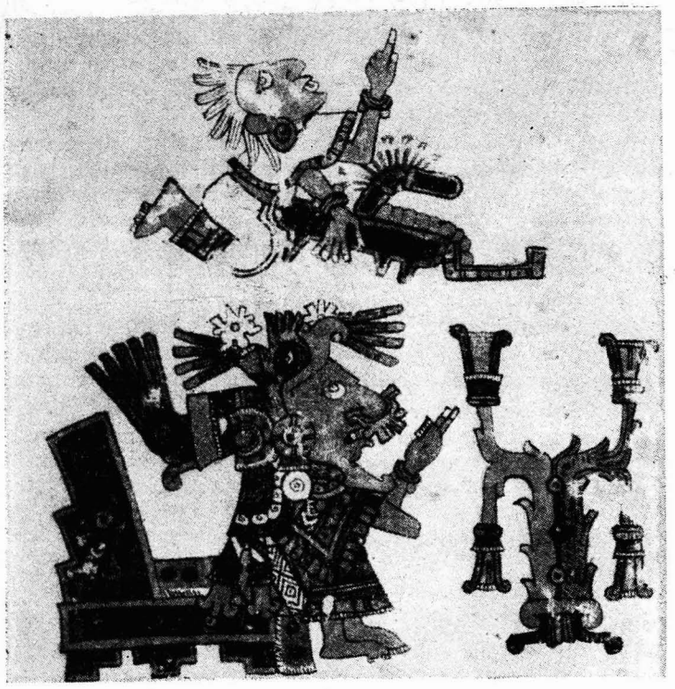
"En una barca llevaron a Cuauhtémoc . . . Entonces lloró la gente del pueblo, decían: ya se va el joven príncipe Cuauhtémoc, ya se va a entregar a los hombres de Castilla . . ." [7]

Y ya en la otra orilla:

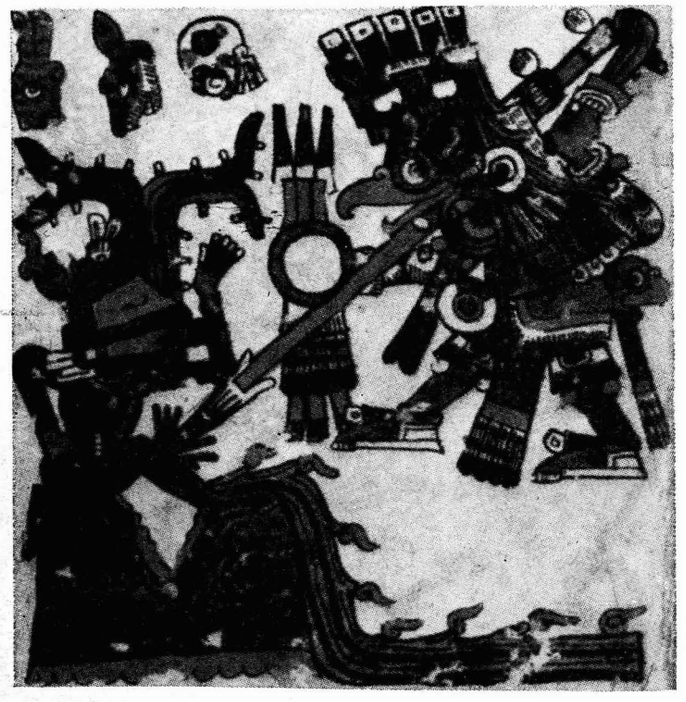
Retrato de Temilotzin. Códice Florentino, libro XII, lámina CLVIII



Perdida la antigua grandeza



"De golpe acabó la batalla"



"Ni por un momento se pensó en huir"

"Cuando salieron del agua, ya van Coyohuehuetzin, Tepantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtémoc. Acompañaban a Cuauhtemotzin a donde estaba el Capitán y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin . . . " [8]

Y si a Temilotzin, le tocó compartir con Cuauhtémoc la suerte del vencido cuando sucumbió Tenochtitlan, igualmente habría de ser destino suyo acompañar hasta el fin al último señor de los aztecas. En 1525, camino de las Hibueras, Temilotzin se halló también en Hueymolan Acallan, cuando Cortés hizo ahorcar a Cuauhtémoc. Por los *Anales de Tlatelolco* sabemos que él y otro noble llamado Ecatzin fueron testigos de su muerte.

El antiguo "comandante de hombres" y sobre todo el cantor de la amistad que perdía así al más grande de sus amigos, no quiso soportar más su condición de prisionero. Si Cuauhtémoc había muerto, no le importaba ya continuar sobre la tierra.

Los mismos *Anales*, haciéndose eco de una versión tal vez en parte legendaria, refieren la desaparición de Temilotzin. Después de la muerte de Cuauhtémoc, tanto él como el noble Ecatzin que habían tratado de ocultarse, fueron llevados a la presencia de Cortés y de Malintzin que se encontraban a bordo de una embarcación. Malintzin aparece allí interrogándolos con dureza:

"—Tú, Temilotzin, pregunta Malintzin, confiesa con verdad: ¿A cuántos de los señores mataste al tiempo de la guerra?"

Temilotzin, que al parecer ya tenía decidido cómo habría de escapar, le responde sin conceder grande importancia a sus palabras:

—"Escucha, Malintzin, es lo mismo que Ecatzin te ha dicho, ¿cómo podía yo ocuparme en contarlos? He luchado, he herido, he acabado con no pocos sin tener cuidado de ellos."

Malintzin, quizás con intención de amedrentar a los prisioneros, añade entonces:

—"Ahora visitaremos al gran soberano, al que vive en Castilla. Allá pereceréis, allá vais a morir."

Sin inmutarse, Temilotzin cierra lacónicamente el diálogo:

—"Que así sea, vayamos allá; señora Malintzin."

Según los *Anales* el barco en que estaban se dirigía supuestamente a Castilla. Se dice incluso que estaba ya en alta mar. Temilotzin habló por última vez a Ecatzin su compañero y amigo: "Oh Ecatzin, ¿adónde vamos? ¿dónde estamos? ¡vayámonos a nuestra casa!" [9]

Perdida la antigua grandeza, Tenochtitlan destruida, muerto Cuauhtémoc, desaparecida la antigua hermandad, Temilotzin, que había dicho como poeta que su más grande anhelo era "entrelazar con plumajes de quetzal la hermandad y rodear con cantos la comunidad de los amigos . . . , hasta que todos nos hayamos ido a la región de los muertos . . .", decidió entonces intentar la evasión. No sabía él hacia dónde habría de escapar, en todo caso llegaría a la región donde de algún modo se existe. El texto indígena nos da este cuadro de verdad extraordinario:

Temilotzin no quiso escuchar ni ser retenido . . . lo vieron cómo se arrojó al agua. Va nadando en el agua hacia el rumbo del sol. Malintzin le llama y le dice: ¿Adónde vas Temilotzin? ¡Regresa, ven! El no escuchó, se fue, desapareció. Nadie sabe si pudo alcanzar la orilla del agua, si una serpiente lo devoró, si un lagarto se lo comió o si los grandes peces acabaron con Temilotzin . . . En esta forma acabó consigo mismo, nadie le dio muerte . . ." [10]

Esto es lo que sabemos acerca de la vida y desaparición del célebre comandante de hombres Temilotzin. Cantor de la amistad le hemos llamado porque se conserva de él un poema, bella afirmación de lo que significa en la tierra la hermandad, la comunidad y la entrega del propio corazón. Paradójica aparece así, como la de otros forjadores de cantos, la vida de Temilotzin. El hombre que tuvo por destino combatir a los forasteros de rostro desconocido y ver morir al último señor de los aztecas, nos dejó acerca de sí mismo el más humano de todos los testimonios: "Yo Temilotzin vine a la tierra para hacer amigos aquí . . ."

NOTAS

[1] *Ms. Cantares Mexicanos,* fol. 54 v.
[2] Informantes de Sahagún, *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia,* vol. VIII, fol. 115 v.
[3] *Códice Florentino,* lib. XII, cap. XXXVIII.
[4] *Loc. cit.*
[5] *Loc. cit.*
[6] *Ibid.* cap. XXXIX.
[7] *Loc. cit.*
[8] *Anales de Tlatelolco,* fol. 35.
[9] *Ibid.,* Ms. Mex. 22-bis, fol. 10.
[10] *Ibid., Loc. cit.*